

Lo que el diablo no puede soportar

Un cuento de Herbert Hahn

Versión abreviada de la Navidad de 2021 en Beaver Run

Parte I

Érase una vez un rey que se perdió en un gran bosque. Después de vagar y dar vueltas durante un buen rato y no encontrar el camino, se enfadó como un demonio y esta expresión salió de sus labios: "¡Oh, que se lo lleve el Diablo!" Y enseguida el Diablo se puso delante de él. "¿Te has perdido? Yo te guiaré". Y, efectivamente, le condujo fuera del bosque. Sin embargo, el Diablo le dijo: "Me ha gustado mucho ayudarte, pero ahora quiero algo a cambio. Muy pronto vendré a buscar las joyas de la corona. El buen trabajo merece una buena paga".

Antes de que el Rey llegara a las puertas de la ciudad, ya había encontrado de nuevo al resto de su compañía. Los nobles armaron un gran alboroto por haber perdido al Rey, pero éste no estaba de humor para hablar mucho de ello. Se limitó a contarles cómo había salido por fin del bosque. No dijo ni una palabra del Diablo. Cuando llegó a casa, sin embargo, le contó a la Reina toda la historia de su aventura. "No estoy seguro de que el Diablo lo dijera en serio", dijo al final. "¡Oh, sí, seguro!", respondió su esposa. "El Diablo siempre habla en serio. Lo sé desde hace mucho tiempo".

¿Quién puede saber lo que puede pasar? En cualquier caso, decidieron poner las joyas de la corona bajo protección y seguridad especiales. La Reina dijo: "No me fío de los guardias. Justo cuando necesitamos depender realmente de ellos por una vez, seguro que se quedan dormidos. Será mejor que cuidemos nosotros mismos de las joyas. Las llevaremos a nuestro dormitorio. Allí estarán bien cuidadas tanto cuando nos despertemos como cuando durmamos". El rey se alegró de este excelente consejo, que enseguida puso en práctica.

Durante las noches siguientes, el Rey y la Reina se turnaron para vigilar, pero el Diablo no apareció. A la tercera noche, la Reina le dijo a su marido: "Todos los asuntos del reino te dan suficientes preocupaciones. No puedo quedarme de brazos cruzados viendo cómo dejas de dormir noche tras noche, todo por culpa de un diablo tan tonto. Esta noche vete a dormir tranquilamente. Pronto me haré una idea, para que no le falte un recibimiento adecuado, si decide aparecer". El Rey se alegró tanto de esta tranquilidad, que antes de que tuviera tiempo de preguntar cuál podría ser la idea, ya estaba dormido y roncando a pierna suelta.

La Reina utilizó la astucia: tomó la camita de oro en la que su hija menor, que aún no tenía tres años, yacía plácidamente dormida, la empujó fuera de la habitación y la puso entre las puertas interior y exterior de la cámara de la cama real. Esta era la noche en la que el Diablo quería demostrar la seriedad de su asunto. Al amparo de la oscuridad, se deslizó por la ciudad, entró por la entrada principal del palacio del Rey y pasó por delante de los dos guardias de la puerta interior, uno de los cuales acababa de dejar su lanza a un lado para bostezar en voz alta y frotarse el sueño de los ojos, mientras que el otro acababa de apartarse en ese momento al verse repentinamente invadido por un estornudo. El Diablo hizo una mueca y se apresuró a subir la escalera con pasos insonoros. Olfateó y olfateó.

"¡Ahá! ¡En la alcoba!" Y ya le picaban las garras, mientras se acercaba sigilosamente a la habitación. Abrió la puerta exterior sin hacer ruido, pero ¡oh! qué gran sorpresa se llevó al ver al niño acostado. Maldijo a su abuelo y a todos sus antepasados. ¿Qué hacer? Cuando se ve en la necesidad, el Diablo se vuelve estúpido. No puede creer que un truco tan tonto sirva para mantenerlo alejado. Oye los ronquidos del Rey, y las joyas, esas preciosas joyas, están a un salto de distancia. Mira y mira fijamente y rechina los dientes y frunce el ceño; ¿por qué no viene alguien y se lleva al niño? Pero cuando se inclina hacia delante, el pequeño sonrío de repente en un sueño. Cuando los ángeles sonrían, el Diablo sufre un terrible dolor. El pobre diablo estaba terriblemente dolido. Tiró de su cola y se alejó, pasando los centinelas, más allá del pueblo.

Una hora después de la medianoche, uno de los dos centinelas, que entretanto se había quedado dormido, se despertó y dijo a su compañero que había tenido los estornudos: "Mira tú, creo que aquí huele a azufre". El otro respondió: "Siempre eres muy rápido para oler la pólvora, viejo amigo. "

La mañana siguiente fue especialmente soleada y encantadora, y la princesa más joven se rió alegremente cuando se despertó. Entonces la Reina le dijo al Rey: "¡Ya sé lo que sé! El Diablo ha estado ciertamente aquí anoche. Ahora te digo que no volverá tan pronto". A continuación, le contó al Rey su truco. El Rey la elogió mucho y le dijo: "Créeme, aunque no hubieras dicho nada, anoche ciertamente lo sentí. Soñé que me perdía de nuevo en el bosque y que el Diablo venía. Entonces me pareció que estaba aquí, junto a mi cama, mirándome desde la oscuridad y llamándome: *¡Dame las joyas! Dame las joyas!* Me alegro de que nos hayamos librado de él. "Espera", dijo la Reina, "no nos libramos de él tan rápidamente. Es una ley entre los Espíritus, tanto para los buenos como para los malos, que deben venir al menos tres veces". "¡Pero no podemos dejar que nuestra hijita duerma fuera de la puerta,

noche tras noche!", dijo el Rey. "Oh, eso no será necesario", respondió la Reina. "El diablo no es tan estúpido como para venir dos veces al mismo tiempo. Puedes estar segura de que no nos visitará durante la noche mientras estemos en casa". "Sí, pero", dijo el Rey, "entonces tendremos que hacer guardia desde el amanecer hasta el anochecer". La Reina sonrió y habló: "Déjalo en mis manos".

Parte II

Parecía que el Diablo se había hecho con los horrores, pues pasaron bastantes semanas antes de que se decidiera a hacer otra visita. "Por la noche", dijo, "parece que hay demasiadas de estas ridículas criaturas, los buenos espíritus y los duendes. El día se está convirtiendo cada vez más en nuestro reino. Así que, en nombre de mi bisabuelo, lo intentaré por la mañana, a plena luz del día". Apenas pensado y hecho.

Aquella mañana había varios pastores en el camino conduciendo sus rebaños a la ciudad. El Diablo es un maestro de la transformación. Apenas había visto a aquellos pastores cuando se le pasó por la cabeza: *Eso sería divertido para variar, yo también quiero ser un pastor honesto por una vez. Y además, así me acercaré mucho más al pueblo sin que se note.* Y antes de que los pastores se dieran cuenta, se presentó en el camino un buen pastor con un bastón torcido, deseándoles buenos días y preguntando si podía unirse a ellos. A los pastores les pareció bien, no notaron nada malo.

Pero eso ahora es una señal de que no debemos estar demasiado orgullosos de nuestro ingenio: los animales, concretamente, perciben toda clase de travesuras mucho mejor que los humanos. Y sucedió que, apenas había dado cien pasos con el rebaño, las ovejas se inquietaron de repente y empezaron a saltar, a darse golpes, a frotarse y a picar como si les hubiera caído una plaga de cien mil garrapatas. Y los perros ladraban y corrían entre las ovejas, y los pastores golpeaban con sus bastones, sin saber qué pasaba. Y cuando el Diablo vio la clase de juego que había comenzado, se puso en marcha con voluntad. Usó su poder de cambiar de forma, un momento era un perro, luego una oveja, ahora en uno de los pastores y luego en otro, maldiciendo y jurando de tal manera que los árboles al borde del camino se balanceaban con la ráfaga. Entonces los pastores se enfadaron furiosamente entre sí, tomaron sus bastones y empezaron a gritarse y a pelearse salvajemente; y los perros ladraban y ladraban, y las ovejas balaban. Era un ruido realmente endiablado. Sin embargo, justo durante el mayor caos, el Diablo se escabulló y se esfumó, riendo salvajemente. Cuando los pastores se golpearon lo bastante fuerte como para levantarse golpes y magulladuras, empezaron a

recobrar un poco el sentido, levantaron la vista y vieron que el compañero que acababa de unirse a ellos ya no estaba allí. Entonces miraron a su alrededor un poco aturcidos y confusos, se rieron y sospecharon que algún tipo de magia maligna les había hecho una gracia. Porque si un pastor es desplumado más que sus propias ovejas, la vida no ha seguido mayormente el orden divino.

Pero el Diablo ya estaba bien encaminado. Entonces vio a un caballero muy culto que avanzaba por el camino. En efecto, se trataba de un catedrático muy famoso que se dirigía a la ciudad con una carta muy especial que había escrito. Se creía muy inteligente y pensaba que la carta le daría fama y dinero. Inmediatamente el Diablo se convirtió en un estudiante viajero y acudió con paso medido y solemne al encuentro de su maestro. Se comportó como si fuera un viajero extranjero que recorre todos los reinos para conocer la sabiduría del mundo. Preguntó entonces al sabio que llevaba la carta cuál era su nombre. Al oír el nombre, actuó muy asombrado y encantado, y exclamó varias veces: "¡Oh, de verdad, de verdad que encuentro por fin a ese hombre notable del que ya he oído hablar en tres reinos, del que todos dicen que sabe diez veces más cosas de las que contiene cualquier libro!"

El profesor -que debía de haberse levantado un poco demasiado temprano- sintió que este discurso llegaba a sus oídos de la manera más noble, y como estaba tentado de exponer ante el estudioso desconocido una muestra de la más alta sabiduría terrenal, dijo: "Verdaderamente, fue una hora afortunada la que le hizo cruzar mi camino. Mira aquí, si te place, puedo mostrarte una carta que contiene mis últimos descubrimientos". Y condujo al Diablo un poco hacia la linde del bosque, donde se sentaron bajo un alto árbol. Entonces el docto caballero abrió su carta, y el Diablo miró por encima de su hombro y escuchó con aparente asombro la docta disertación. Entonces, justo cuando el caballero dio tres golpecitos en la página en una parte particularmente importante, de repente -y quién creería la conmoción- apareció una mancha de tinta bastante gruesa, del tamaño de la huella del pulgar, en la hermosa hoja de papel. El hombre miró y se quedó mirando: "Pero, pero... ¿de dónde ha salido esta tinta?".

"¿Qué quieres decir? Por mi vida, eso no es tinta. No es más que una gota de lluvia de ayer por la tarde que aún colgaba en lo alto del árbol. Mira, ahí viene otra". Pero vinieron tres. Y mientras el asombrado abogado miraba hacia el árbol de donde provenían las extrañas gotas de lluvia, llegó otra gota tan grande como un huevo de paloma y le dio de lleno en la nariz. E inmediatamente se produjo un chaparrón, como ocurre cuando hay mal tiempo. Con ello, toda la maravillosa erudición escrita en la página fue limpiamente lavada. Con las palabras:

"¡Querido, nunca he visto una lluvia tan fina, ni siquiera en Francia!", el Diablo ya había desaparecido.

Parte III

Cuando el Diablo estaba ya bastante cerca de la puerta de la ciudad, vio que una tropa de guardias del castillo estaba a punto de marchar hacia la ciudad. En un abrir y cerrar de ojos adoptó la forma de un soldado y se mezcló con aquella fina turba. Como es debido, marchó al paso, izquierda derecha, izquierda derecha, uniéndose a las filas de soldados como si no hubiera hecho otra cosa en todos los días de su vida. Ahora bien, los guardias de los castillos de este reino eran tan buenos como los de cualquier otro reino. Es decir, tenían la costumbre de discutir y jurar tan terriblemente que los gorriones caían muertos del cielo. Entre estos guardias del castillo había uno que era un maestro excepcional de este antiguo arte militar. Alrededor de él solía ocurrir lo que suele acompañar a los estornudos o a los bostezos; no necesitaba más que actuar un poco y un centenar se unían de corazón. Ahora bien, aquella mañana en particular, mientras los guardias marchaban por las calles, ocurrió algo muy extraño. La gente corrió a abrir sus ventanas y se asomó, escuchando y oyendo: nunca en todos sus días los guardias habían marchado tan tranquilamente por las calles; sí, y había algunos entre ellos que bajaban los ojos tan tímidamente como las jóvenes sirvientas. Se podría haber tomado por una procesión de feligreses. Poco acostumbrados a tanta tranquilidad y piedad, algunos de los compañeros más viejos empezaron a tener una sensación de vacío en el estómago. Miraron a su alrededor, preguntándose qué pasaba. Por fin se dieron cuenta de que el guardia que solía dar más problemas no había maldecido ni una sola vez esa mañana. En cambio, siguió adelante con los ojos cada vez más redondos. Por fin suspiró profundamente tres veces y dijo: "No sé por qué, pero hoy me siento de un humor tan festivo".

Mientras tanto, el Diablo había tenido juegos de burla y deporte. Y así, esparciendo un poco de arena en los ojos de todos ellos, condujo a aquellos piadosos guardias fuera del cuartel real hasta una especie de iglesia. No había una veleta en la aguja ni una cruz. La iglesia del Diablo es la posada a la que acuden muchos viajeros para comer y beber y pasar la noche. Los viajeros tenían un dicho en aquella época: "Viaja al menos de dos en dos, pero duerme con cientos". Con ello no se referían a otras personas, necesariamente, sino a las numerosas pulgas que a menudo encontraban en sus camas, especialmente si los sacos de paja no

habían sido sacudidos adecuadamente. Sucedió que justo cuando la compañía de guardias del castillo engañada por el Diablo llegó frente a la posada, los sirvientes estaban limpiando todas las habitaciones de los huéspedes y sacudiendo toda la ropa de cama de paja. Entonces el Diablo dejó caer su lanza y de un gran salto se alejó por encima de sus cabezas. Ahora es el Señor de las Pulgas. Y apenas se alejó con su audaz salto, cuando cien mil pulgas descendieron sobre ellos desde las camas de paja que los sirvientes estaban sacudiendo. Cuando los guardias volvieron a atravesar la ciudad más tarde ese mismo día, compensaron lo que se habían perdido en la madrugada, de modo que la gente se dedicó a su trabajo con tranquilidad.

Por fin el Diablo llegó ante el palacio. Hacía ya varios días que la Reina regalaba a sus dos hijos pequeños hermosas monedas de oro y les animaba a jugar con ellas por todas partes delante del palacio y del jardín. Este consejo le había sido dado en un sueño. Ahora, cuando el Diablo llegó a las puertas, vio a los niños ya de lejos, jugando con las monedas de tal manera que las lanzaban contra la pared y observaba hasta dónde saltaban. La vista se le metió en los miembros y también se convirtió en un niño pequeño y se unió a los juegos de los niños. Los muchachos no sospecharon nada y permitieron que el forastero -que, por cierto, estaba bien vestido- jugara con ellos. El juego se desarrollaba de tal manera que cuando un muchacho lanzaba y su moneda rebotaba sobre todas las demás, las que estaban en el suelo le pertenecían. El diablo estaba lleno de codicia. Él mismo lanzó bastante mal, pues el Diablo no puede sino hacer lo que puede. Es un poco lento para aprender cosas nuevas. Pero le daba un placer especial apoyar astutamente al niño mayor con toda su fuerza de diablo, de modo que ganaba más y más y la cara del niño menor se alargaba cada vez más hasta que las lágrimas no estaban lejos. Justo en ese momento la moneda del niño mayor saltó sobre la última moneda de su hermano pequeño y se embolsó diez preciosas monedas chinas. El diablo, al que el pequeño le había prestado cinco monedas, no hizo ningún movimiento para devolver ni siquiera una moneda. Entonces el hermano mayor metió la mano en el bolsillo y sacó quince nuevas: "¡Toma, puedes tenerlas todas de nuevo! "

El Diablo se quedó boquiabierto. Nunca había visto nada parecido, alguien que ganara y luego se privara de sus ganancias e incluso renunciara a más que eso. Como es incapaz de entender este tipo de juego, o de hecho cualquier tipo de juego bueno, se enfadó tanto, que su cara se puso cada vez más roja, y a pesar de toda su habilidad para disfrazarse, su máscara de diablo asomó por su cara de niño disfrazado.

Los niños gritaron: "¡El Diablo! El Diablo!" Se oyó el paso de los guardias. El diablo creyó conocer aún demasiado bien esos pasos. Podía ser que la tropa de guardias que tan agradablemente había extraviado hubiera llegado entretanto al cuartel de la guardia real. Así pues, levantó los talones y echó a correr. Atravesó la calle principal, pero no se dio cuenta en absoluto de que uno de los guardias, que no conocía mejor manera de ahogar las pulgas que pidiendo brandy en la taberna, salía justo en ese momento dando tumbos y borracho de la posada. Era el mismo que se había sentido tan extrañamente festivo aquella mañana. Y qué mala suerte tuvo el pobre diablo, pues al perseguirlo chocó tan fuertemente con el hombre que ambos cayeron al suelo después de chocar con sus narices. El hombre no había alcanzado de ninguna manera lo que se había perdido aquella mañana. Y cuando vio al tipo irónico, que se limitó a sonreírle sin disculparse debidamente, a nuestro guardia le invadió una furia verdaderamente diabólica. Y todas las palabrotas que había reprimido se vertieron ahora con tanto gusto en el lenguaje y los gestos de los guardias del castillo que el diablo permaneció en cama durante tres semanas, todo negro y azul; dicen que ni siquiera su bisabuela sabía realmente qué hacer por él.

Parte IV

El Rey y la Reina tuvieron ahora tiempo para esperar. Durante mucho tiempo no se supo ni se vio nada más del Diablo. Si la Reina no hubiera insistido en que seguramente vendría una tercera vez, el Rey habría pensado que el asunto había terminado. Al cabo de algunas semanas, el Rey y la Reina fueron requeridos para asistir a una boda que se iba a celebrar con gran pompa en el reino vecino. Como toda la realeza estaba invitada, el Rey no podía rechazar la invitación. Pero uno de sus primeros pensamientos fue: "¿Qué pasa con las joyas de la corona?" y expresó su preocupación a la Reina. Una vez más, ella le dijo: "Déjalo en mis manos. Dejaremos las joyas en nuestra alcoba, y te encargará de que lo encontremos todo ileso cuando volvamos".

"Parecéis muy seguro, a fe mía", exclamó el Rey. "Si lo hacéis cierto, os admiraré el resto de mi vida. Si no, pues las joyas..." y no terminó la frase. Pero la Reina se limitó a esbozar una sonrisa superior.

El día antes de su partida, pidió la llave de la antigua cámara del tesoro. Hizo subir una antigua lira de oro, herencia de tiempos pasados que no se tocaba desde hacía más de cien años. Fue llevada a la alcoba real. Mientras tanto, la Reina había hecho que un orfebre fabricara un hilo de oro tan fino que apenas se podía ver a simple vista. Cuando el Rey vio el

arpa, sacudió la cabeza ante estos extraños sucesos. Su esposa, sin embargo, no mencionó el alambre, sino que se limitó a decir que creía que podían marcharse con seguridad; sólo le pediría permiso para supervisar ella misma el cierre de las puertas. Apenas el Rey salió de la habitación, la Reina tomó el fino alambre y ató cada pieza de las preciosas joyas de la corona a una de las cuerdas doradas de la lira. Engarzó las cuerdas de forma fina y tensa. Luego hizo lo que le había prometido al Rey y supervisó que los sirvientes cerraran bien, aunque ella misma no tenía mucha fe en la medida. Mientras el carruaje real se alejaba del palacio, el Rey seguía mirando por la ventana trasera. La Reina preguntó: "¿Por qué sigues mirando así, mi querido esposo?" Él respondió: "Me estoy despidiendo de mis hermosas joyas de la corona", y suspiró profundamente.

Ahora bien, debes saber que el Diablo tiene un olfato muy agudo; se da cuenta enseguida de que algo está "mal", ya sea en esta nuestra Tierra o incluso más allá. Apenas se dio cuenta de que el reino estaba sin su Rey y que la pareja real había abandonado la ciudad, se puso muy alegre.

"Ahora he ganado la partida", dijo, y ya no tuvo ningún cuidado especial. Como un vagabundo, se adentró en la ciudad y vagó por las calles. Hacia el atardecer se deslizó como una sombra hasta el gran patio del palacio y desde allí al patio interior, al que daban las ventanas de la alcoba real. Como el aire fresco es la mitad de la vida saludable, la Reina había dejado abierta una pequeña ventana en la parte superior de uno de los grandes ventanales. El Diablo lo percibió con tal deleite que saltó sobre una pierna el doble de su propia altura. "¡Ay! ¡Ay! ", gritó cuando volvió a bajar a tierra, porque había aterrizado sobre la pierna de la que ya cojeaba. Así, se dio cuenta de que si su viaje iba a continuar hacia arriba, la apariencia actual presentaría todo tipo de peligros. En un abrir y cerrar de ojos se transformó en cuervo, graznó malévolamente, como si ya tuviera su presa en las garras, y voló hacia la ventana de la alcoba. Pero cuando vio las joyas que brillaban y relucían, ya no pudo soportar la forma del cuervo. No creyó que pudiera sostener lo suficiente en sus garras, y como estaba preparado para partir de la manera que más le convenía, volvió a su propia forma. Y ahora las joyas. En primer lugar, el cetro, que estaba adornado con dos rosetas de diamantes. Tanteó y tanteó en la oscuridad. Sí, ahora lo tenía.

Oh, ¡cómo saltó el pobre diablo del susto! ¿Qué cantaba allí en medio de la noche? Sonó un tono de campana, y cuando a pesar de ello agarró el orbe dorado, ¡ay! Cómo se le acalambraron los miembros! Un segundo tono sonó como el canto de los ángeles. Confundido, confundido, consternado, horrorizado y dolorido de la nariz a la cola, el diablo se aferró a una

pieza tras otra, pero a medida que sonaban los tonos del arpa, terribles dolores se disparaban por sus miembros. Tuvo que bailar y bailar de tal manera que habría llorado si hubiera tenido lágrimas. El diablo puede soportar mucho, pero la música pura es un veneno. Y mientras bailaba y daba vueltas, cada vez más rápido, de repente la furia y el dolor se hicieron tan grandes que con un gran grito de "¡Déjame ir! Suéltame!", golpeó repentinamente el techo, hizo un poderoso agujero en el tejado con su cabeza, y voló en un gran arco por el aire para aterrizar con su nariz golpeando la puerta de la casa del infierno.

"Campanas del infierno, ¿quién está llamando con tanta impaciencia?", gritó uno de los abuelos del Diablo, que terminaba sus días haciendo el servicio de portero. "Oh, me duele mucho la cabeza", se lamentó el Diablo. "¡Si supieras lo malo que es mi dolor de cabeza! Me siento tan mal, tan mal..."

El Rey y la Reina volvieron a casa. Durante todo el viaje de regreso, el Rey ya no había pronunciado ni una sola palabra. Apenas se había despojado de su capa, subía a toda prisa, de modo que la Reina apenas podía seguirle el ritmo. ¡Oh, qué bien! Las cerraduras estaban intactas. ¿Tenía realmente razón su esposa? Cuando se abrió la puerta, el Rey estiró la cabeza y la Reina también, como si tuviera ojos al final de la nariz. ¿Eh? No se veía precisamente bonito ahí dentro. De alguna manera, las joyas se habían desordenado mucho. Pero estaban todas allí, cada una de las piezas, todas.

"Ahí están , ya ven", gritó la Reina, dando palmas mientras bailaba de arriba abajo. "¡Están todos, todos, todos!" Pero el Rey se limitó a mirar y mirar hacia arriba. "Mi querido esposo", dijo la Reina, "así es. Mira hacia arriba el resto de tu vida. Pero no soy tan alto, por la forma en que estás parado y mirando. La alegría y el alivio deben haber perturbado tu sentido de la proporción. ¡Splash! De repente, desde arriba cayó una gran gota de lluvia a través del techo y cayó sobre la frente de la Reina. Entonces levantó la vista y vio que su marido no la había mirado a ella, sino al gran agujero de arriba. "Ya sé", dijo el Rey, "que eres una mujer verdaderamente sabia, pero para no ser molestada esto parece un poco de corriente de aire. Ahora le agradezco de corazón al buen diablo que se haya marchado como es debido para que pueda mirarte mejor a los ojos, pero para el resto de nuestras vidas será mejor que no olvidemos que todo lo bueno nos viene de arriba."